ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

UN DUQUE
SIN DUCADO,

COMEDIA DE GRACIOSO

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON PELAYO DEL CASTILLO.

(J. M. G.)

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

UN DUQUE SIN DUCADO.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 9 MADRID

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unduquesinducado00cast

UN DUQUE SIN DUCADO,

COMEDIA DE GRACIOSO

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON PELAYO DEL CASTILLO.

Estrenada en el Teatro MARTIN en la noche del 7 de Noviembre de 1879.

(J. M. G.)

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA DE GUTEMBAL.....	Srta. Segura.
ISABEL.....	Srta. Mendoza.
ANA.....	Sra. García.
DIK, leñador.....	Sres. Mesejo.
EL DUQUE DE RONCESVALE.....	Chaves.
JORGE.....	Capilla.
ROBERTO.....	Diez.
RICARDO.....	Lojo.

La accion en Escocia: 1600...

Esta obra es propiedad de D. Juan Manuel Guerrero, editor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Bosque: á la izquierda una cabaña con ventana. Al levantarse el telon la escena permanece un momento desierta; se oyen á lo léjos gritos de cazadores y trompas de caza. Poco despues Dik que sale de la cabaña y cierra la puerta con llave.

ESCENA PRIMERA.

DIK.

Dik, serás un botarate,
ya que tu sudor te cuesta,
si hoy con ser dia de fiesta
no remojas el gaznate.
Tomaré segun costumbre
cuatro cuartillos del moro.
¿Puede un hombre de decoro
beber ménos de un azumbre?
(Crece el ruido, se acerca al foro gritando.)
¡Hum! basta de tremolina
ó me quejaré al gobierno
condal! Ese infame cuerno
me está dando mala espina.
¿Quién puede tolerar, quién
ese estrépito infernal,
que á mí me parece mal

712817

y á mi costilla tan bien?
En fin, calma y barajar;
voy á ponerme en remojo
en la taberna del cojo,
donde lo hay sin bautizar.

ESCENA II.

DICHO y la CONDESA.

COND. No conviene que me aleje
demasiado del castillo.
DIK. (¡Cielo Santo! la Condesa.) (Descubriéndose.)
COND. (La hora avanza, y aunque el sitio
no es peligroso, porque
al fin me hallo en mis dominios,
no obstante... Este pobre diablo
podrá darme algun indicio...)
Escucha: ¿cómo te llamas?
DIK. Yo me llamo Dik, lo mismo
que mi padre, y tambien soy
como él leñador de oficio,
el único en mi concepto
para llegar á ser rico
si uno viviera mil años,
ó mejor dicho mil siglos,
y pudiera conseguirse
que no se vendiera el vino.
COND. Bien, pero escucha...
DIK. La gente
me tiene por un perdido
porque suelo marearme
los domingos; y yo digo,
que en vez de ser leñador
yo querria que mi oficio
fuera el de hacer calendarios,
pues de ese modo, de fijo,
señora, que en la semana
no habría más que domingos.
COND. ¿Quieres oirme?
DIK. Señora,
pues no he de querer oiros?

Figuraos que soy mudo;
que me vuelvo todo oidos.

COND. Calla, charlatan sin tasa,
ó dispongo que ahora mismo
se te cuelgue de la almena
más alta de mi castillo.

DIK. Puede vuecelencia hacer
que me estrangulen si chisto.

COND. Voy á hacerte una pregunta.
Si no eres franco y conciso
te prometo que...

DIK. Ya sé,
que he de servir de racimo.

COND. Me consta que hace unos dias
se halla oculto en estos sitios
un gran señor, á juzgar
por su porte distinguido,
alto, esbelto, de ojos garzos,
mirar fiero y aire altivo.
Responde, ¿le has visto?

DIK. ¿Yo?
Señora, yo sólo he visto
villanos como yo que
nada tienen de bonitos,
ni de esbeltos, ni de fieros,
ni de airosos ni de limpios.

COND. ¿Conque nada sabes?

DIK. Nada.

COND. Ve que si me engañas...

DIK. Digo
que sólo sé lo que ahora
de vuestros labios he oido.

COND. (¿Inútiles mis pesquisas
habrán de ser?)

DIK. ¡Yo lo fío!

COND. (¡Ah! Duque, Duqué, que mal
pagas el ciego cariño
que me lleva á tal extremo!
¡Poner mi rango en olvido!
Y es que en todas ocasiones
puede el amor más que el juicio.
Devuélveme la razon

porque estoy loca, Dios mio!)
(Váse por la derecha.)

ESCENA III.

DIK.

¡Con Dios, señora Condesa!
¿No me contesta? Corriente.
Es que acostumbra esta gente
despedirse á la francesa.
Aunque no lo creo justo
no por eso me arregosto;
de todos modos el mosto
me curaría del susto.

ESCENA IV.

DICHO, JORGE, ROBERTO.

ROB. ¡Maldecida comision
que nos da afan tan prolijo!
JORGE. Sabe Dios en qué escondrijo
se habrá metido ese huron.
ROB. Como él no caiga en la red
nos ahorcan á los dos.
DIK. ¡Á beber!
ROB. (Deteniéndole.) ¡Eh!
DIK. (Está de Dios
que hoy me he de morir de sed.)
JORGE. Oye.
DIK. ¡Por la gloria eterna
de vuestra madre!
JORGE. ¡Detente!
DIK. ¡Que voy á un negocio urgente!
JORGE. ¿Dónde vas?
DIK. ¡Á la taberna!
JORGE. ¿Y esa es la urgencia?
DIK. ¡Pues claro!
¡Acaso por eso peco?
Tengo el paladar más seco

que el corazon de un avaro.
ROB. Hay cosas más principales
de que tratar: oye bien.
¿En dónde está el Duque?
DIK. ¿Quién?
ROB. El Duque de Roncesvale.
DIK. Yo qué sé; dejadme en paz.
ROB. En un lugar apartado
de este bosque se ha ocultado,
quizá adoptando un disfraz.
DIK. Y yo qué tengo que ver
con que se disfrace ó no...
ROB. Es que tú sabes...
DIK. ¿Quién, yo?
¡Yo qué tengo que saber!
Lo que sé es que mi costumbre,
santa y digna de respeto,
es la de echarme al coleto
los domingos un azumbre
y... ¡malditos preguntones!
hace un siglo... ¡no ha de hacer!
que debía yo tener
el azumbre en los talones!
ROB. No te irás. (Sujetándole.)
DIK. ¡Sí que me iré!
¡Soltadme!
JORGE. ¡No!
DIK. ¡Dios clemente:
ROB. Dí cuanto sepas.
DIK. Corriente;
soltadme, yo os lo diré.
JORGE. ¿Lo prometes?...
DIK. Por mi honor.
ROB. No me fío.
DIK. ¡Es mucho asunto!
Soltadme y os diré al punto
dónde está ese buen señor.
ROB. ¡Bien! (Soltándole.)
DIK. ¿Conque quereis saber?
ROB. Queremos que digas algo!
DIK. ¿Sí?
ROB. Sí.

DIK. Pues echadme un galgo.
ROB. ¡Ah, tuno!
DIK. ¡Y hasta más ver!
(Dik sale corriendo y desaparece.)

ESCENA V.

JORGE, ROBERTO.

JORGE. Es inútil perseguirle.
ROB. ¡Qué! si corre más que el aire!
JORGE. Nada averiguar podemos;
y eso al fin va á dar al traste
con nuestro influjo en palacio.
ROB. Amigo Jorge, ya sabes
la razon por qué el tal Duque
en nuestro poder no cae.
JORGE. Si no hay uno entre nosotros
que le conozca.
BOB. Ni es fácil.
JORGE. Por las señas que nos dió
la Condesa... ella las sabe,
y con eso ya presume
que tenemos lo bastante.
Si volvemos al castillo
sin el Duque, nuestra amable
soberana la Condesa
de Gutembal, que Dios guarde,
nos impondrá algun castigo,
pero un castigo suave.
La Condesa es muy benigna
y tiene horror á la sangre...
Nos ahorcarán...
ROB. ¡Caracoles!
JORGE. Conque así no hay que asustarse...
ROB. ¿Pero cuál será la causa
de ese rencor indomable
que guarda nuestra señora
al Duque de Roncesvale?
JORGE. Aunque soy nuevo en la córte,
pues que me han nombrado alcaide
de las prisiones de Estado

lo más quince dias hace,
mi antecesor me ha contado
con sus menores detalles
cuanto ha ocurrido.

ROB. Pues dime
cuanto sepas.

JORGE. Al instante.
Hace un mes que el señor Duque
quiso rendir homenaje
á la sin par hermosura
de la Condesa, y no en balde,
pues encontró en el castillo
tan generoso hospedaje,
que á los seis ó siete dias
ya se hablaba de su enlace
con la señora Condesa,
con el objeto laudable
de que se unieran así
dos Estados colindantes:
la armonía era completa;
sin embargo, ocurrió un lance.
Una tarde en el jardin
estaban los dos amantes;
ella le miraba estática,
él rodeaba su talle;
atrevido estuve el Duque,
la Condesa muy amable...
fácil es de imaginar
lo que ocurrió aquella tarde.
Pero á la noche siguiente
surgió una cuestion muy grave
entre los dos; hubo quejas,
gritos, maldiciones, ayes.,.
y no faltó algun curioso
que pescara alguna frase.
(Imitando las voces.)
—¡No me casaré contigo!—
—¡Es preciso que te cases!—
—Quiero marcharme al momento.—
—Yo no quiero que te marches.—
El caso es que se marchó,
y que fué tal el coraje

de la señora Condesa,
ya conoceis su carácter,
que se volvió medio loca;
hizo mil atrocidades:
despidió á su mayordomo,
al bufon, á cuatro pajes,
á toda la servidumbre...
Por eso los habitantes
del castillo no conocen
al Duque de Roncesvale.

ROS. ¡El tal Duque debe ser
un mentecato! Negarse
á que su ducal corona
con la de Conde se enlace
y se unan los dos Estados...

JORGE. Cierto que es un disparate...
Pero aquí está la Condesa,
mucho temo una catástrofe.

ESCENA VI.

DICHOS, la CONDESA é ISABEL.

COND. Jorge.

JORGE. Señora Condesa...

COND. ¿Qué noticias puedes darme?

JORGE. Que ese endemoniado Duque
debe tener algun ángel
que le proteja.

ISABEL. (¡Dios oye
mis súplicas!)

COND. Pero...

JORGE. En balde
han sido nuestras pesquisas:
de ellas el Duque se evade
con un tino, que parece
que nuestros intentos sabe.

COND. ¡Sois unos torpes!

JORGE. Señora...

COND. Si en vuestro poder no cae,
temblad todos; ya sabeis

que yo soy inexorable.

ISABEL. (Dios oiga mis oraciones
y de su rencor le salve.)

JORGE. Juro dar caza á su alteza.

ROB. Sí, vivo ó muerto...

COND. Que nadie
se atreva á su vida.

ROB. Pero...

COND. No; dejaos matar ántes.

ROB. Muy bien. (Hé aquí una Condesa
que tiene muy mala sangre.)

COND. ¿Pero no correis?

ROB. Me tiene
paralizado el coraje,
la...

COND. ¡Id! volad!

ROB. (Nuestra vida,
esa sí que está en el aire.)
(Se van Jorge y Roberto.)

ESCENA VII.

ISABEL y la CONDESA.

COND. ¡Isabel! Dios no permita
que tu corazon desgarre
el dolor que siente el mio.
Amor en mi pecho arde;
amor que con odio lucha,
porque deseo vengarme,
y no del amor, del odio
la sed de venganza nace.
¡Arturo! ¡Arturo!

ISABEL. Señora,
sed generosa, sed grande.
Si es un delito que el Duque
os conozca y que no os ame,
perdonadle, dad á olvido
sus desdenes.

COND. Tú no sabes
lo que es amor, ni has sentido

el emponzoñado áspid
de los celos... Isabel,
tú tienes alma de ángel.
¡Ah! si estuvieras celosa
tendrías sueños de sangre.

ISABEL. (¡Que no sé lo que son celos!
Dios quiere que sufra y calle.)

ESCENA VIII.

DICHAS, JORGE, que vuelve precipitadamente.

JORGE. Señora, vengo á rogaros
que os retireis al instante,
pues pudiera la mision
que á estas montañas me trae
dar orígen á un sangriento
y encarnizado combate.

COND. Jorge, nada de venir
á las manos; usad ántes
de la astucia.

JORGE. Y si es preciso...

COND. Si es fuerza derramar sangre,
que se respete la vida
del Duque... ¿oís? (Jorge se inclina.)

ISABEL, ¡(Dios le salve.)

(Se van todos.)

ESCENA IX.

DIK viene del bosque mirando hácia atrás con recelo, como si le persiguiese alguno.

¡Que gocen estos señores
molestando á sus vasallos
con ecos atronadores
y gritos de cazadores
y relinchos de caballos!
Me iré de aquí, pues no soy
cazador ni hijo de Marte.
Hoy mismo, sí señor, hoy
cojo el hatillo y me voy

con la música á otra parte.
¡Este bosque es un infierno!
(Suena un cuerno de caza.)
El cuerno resuena aquí,
pero con un eco eterno...
¿Por quién sonará ese cuerno,
por mi mujer ó por mí? (Cuerno.)
¡Hum! ¿otra vez? ¡Voto á bríos!
que eso no lo encuentro bien.
¿Por quién sonará, por quién?
Yo creo que por los dos.
En la experiencia me fundo
de lo que oigo y lo que veo,
y por esa razon creo
que suena por todo el mundo.

ESCENA X.

DIK y ANA.

DIK. Mi mujer.
NA. La misma.
DIK. Ana,
¿de dónde vienes? responde.
ANA. La verdad, vengo...
DIK. ¿De dónde?
ANA. De donde me da la gana.
DIK. ¡Bravo!
ANA. ¡Que viva á tu lado!
que te dé el nombre de esposo!
¿Por qué has de ser tan *curioso*
siendo tan poco *aseado?*
DIK. ¡Ah! qué mujer! pero dí, (Cuerno.)
quiero, para mi gobierno,
saber qué dice ese cuerno;
si suena por tí ó por mí.
ANA. ¡Nunca quieras penetrar
ese arcano!
DIK. ¡Siempre huraña!
ANA. Entremos en la cabaña,
que ya es hora de cenar.

DIK. ¡Á comer! á eso se inclina!
ANA. Es porque lo necesito.
DIK. Pues yo no tengo apetito.
ANA. ¿Qué tienes?
DIK. Hambre canina.
ANA. Pues vamos, porque la cena
nos está aguardando.
DIK. No,
porque ello es que suena, y yo
quiero saber por qué suena.
ANA. Válgame Dios qué manía
tan insensata, tan loca.
DIK. Suena....
ANA. Sí, porque se toca
que si no no sonaría.
DIK. ¡Bien! pero, por San Andrés,
conviene que la paz reine!
Mira, te compraré un peine...
ANA. ¿De veras?
DIK. Y un guardapiés.
ANA. ¡Es posible! Qué contento!
DIK. Dame un abrazo.
ANA. (¡Es tan tuno!)
En fin, toma.
DIK. Gracias: uno
dos, tres y cuatro.
ANA. ¡Y ciento!
DIK. ¡Es cosa particular!
Tenía hace poco frio,
pero ahora...
ANA. Amigo mio,
vamos...
DIK. (Con mimo.) ¿Á qué, dí?
ANA. Á cenar.
DIK. ¡Á cenar!
ANA. ¿Quieres venir?
DIK. No piensas más que en comer.
ANA. ¡Luégo á dormir!
DIK. ¡Qué mujer!
no piensa más que en dormir!
ANA. O allí al calor del hogar
podemos charlar los dos.

DIK. ¡Qué mujer! válgame Dios!
no piensa más que en charlar!
ANA. Pues entónces, ¿qué he de hacer?
DIK. Reniego hasta de tu nombre.
ANA. ¡Válgame Dios y qué hombre!
DIK. ¡Válgame Dios, qué mujer!
(Entra en la cabaña.)

ESCENA XI.

EL DUQUE y RICARDO, luégo DIK.

RIC. ¿Á dónde vamos así?
¡Estoy molido, abrumado!
DUQUE. Pues yo no.
RIC. ¡Esto es demasiado!
DUQUE. Ten paciencia.
RIC. Hé aquí
un ciego y un lazarillo.
¿Por qué andar á troche y moche?
¿Ó no quereis esta noche
volver á vuestro castillo?
Cruzar por el bosque errantes...
volvamos...
DUQUE. No corre prisa.
RIC. Pero esto es andar...
DUQUE. Á guisa
de caballeros andantes.
RIC. Vuestra comitiva ignora
dónde estais. ¡Que de eso modo
la hayamos dejado!
DUQUE. Todo
lo vas á saber ahora.
Hace un mes que por mi mal
juré dar nombre de esposa
á mi prima la orgullosa
condesa de Gutembal.
Un mes que permanecí
en su castillo, bastó
para que observase yo
que no era digna de mí.
Es altiva, hasta cruel,

pero á su lado el Señor
puso un ángel de candor,
que es su sobrina Isabel.
¡Qué beldad tan peregrina!
Sentí, y de ello no me pesa,
desden hácia la Condesa,
amor hácia la sobrina.
Á la Condesa no dí
pruebas de odio, ni era justo;
pero ella tuvo el mal gusto
de enamorarse de mí.
Yo fingí corresponder;
era decir mi secreto
hacer á Isabel objeto
del odio de esa mujer.
Pero un corazon sencillo,
leal, rechaza el fingimiento
y llegó al fin el momento
de volver á mi castillo.
Á mi prima no dí cuenta
de mi abandono, y su labio
juró obtener de ese agravio
una venganza sangrienta.
Yo sólo abrigo un temor:
perder por siempre á Isabel;
quizá imagine que infiel
puse en olvido su amor.
Mi afan es volverla á ver,
lo deseo de tal modo,
que estoy dicidido á todo;
verás lo que pienso hacer.

RIC. Alguna temeridad
que merecerá un reproche.

DUQUE. No ha de faltar esta noche
quien nos dé hospitalidad.

RIC. Sí, la noche se aproxima
y la precaucion no es vana.

DUQUE. Hoy á descansar, mañana
al castillo de mi prima.
Penetraremos en él
disfrazados.

RIC. En qué apuro

nos vamos á ver.
DUQUE. Y juro
no salir sin Isabel.
RIC. ¡Un rapto!
DUQUE. Ardiente es mi amor.
RIC. Si fuera en vuestro ducado...
pero cazar en vedado...
mirad lo que haceis, señor.
Á un sitio no debeis ir
que es para vos un lugar
donde es muy fácil entrar
y muy difícil salir.
DUQUE. Iré.
RIC. Pero la Condesa...
DUQUE. Inútiles objeciones
RIC. Pero...
DUQUE. En vano te propones
que desista de mi empresa.
Ah de casa. (Llamando á la puerta de la cabaña.)
RIC. (Vamos, es
el hombre más testarudo...)
DUQUE. Abrid! (Llamando.)
RIC. (Que haya otro dudo.)
DUQUE. Abrid con mil... y van tres. (Llamando.)
DIK. ¿Quién?
DUQUE. ¡Gracias á Dios!
DIK. ¿Quién llama?
DUQUE. Un viajero.
DIK. ¿Con quién hablo?
DUQUE. Con el diablo.
DIK. ¿Y quiere el diablo?
DUQUE. Buena mesa y buena cama.
DIK. (Será algun pájaro gordo
cuando así pide sin tasa.)
DUQUE. Conque abrid.
DIK. No estoy en casa.
DUQUE. ¿Qué decis?
DIK. Me he vuelto sordo.
DUQUE. Obedece, ó voto á tal...
DIK. (¿Será un ladron? ¡ojo alerta!)
DUQUE. Si no abres, rompo la puerta
y despues te abro en canal.

Pero si abres... un tesoro
te voy á dar.
(Sacando un bolsillo y haciéndole sonar.)

DIK. ¡Qué bien suena!
¿Estará llena?

DUQUE. Sí, llena.

DIK. ¿Pero de cobre?

DUQUE. De oro.

DIK. ¿Su contenido qué vale?

DUQUE. Cien libras.

DIK. ¡Santa palabra!
(Desapareciendo de la ventana.)

DUQUE. No hay puerta que no se abra
al duque de Roncesvale.

DIK. ¿Qué es lo que quereis, milord? (Saliendo.)

DUQUE. Cenar.

DIK. Bien.

DUQUE. Dormir.

DIK. ¿Tambien?

DUQUE. Se pagará.

DIK. Está muy bien,
ilustrísimo señor.

DUQUE. Haré tu felicidad.

DIK. Á vuestra alteza me humillo.

DUQUE. Toma ahora este bolsillo.

DIK. Pase vuestra majestad.
(El Duque y Ricardo entran en la cabaña.)

ESCENA XII.

DIK mirando la bolsa.

¡Es oro... y oro de ley!
¡Oh, cómo alegra la vista!
¿Quién no se vuelve realista
viendo el retrato del rey?
En valor á todo exceden
por lo brillantes y orondas.
¿Por qué las harán redondas?
(Dándose una palmada en la frente.)
¡Es claro! para que rueden!
Esta es la única razon

que yo he podido encontrar...
y su forma es circular...
para su circulacion.
Esta bolsa me marea
con su peso extraordinario.
Si Ana te viera... ¡canario!
mejor es que no te vea.
¡No has de podrirte en el arca!
¡Qué vida, bolsa querida,
voy á deberte! una vida
que ni la de un patriarca.
Lo primero, aquí *inter nos*,
que pienso y que debo hacer,
es dejar á mi mujer
en paz y en gracia de Dios.
Ella es buena, es muy leal,
nunca ha dado que decir...
Pero... en fin, ¡no quiero oir
ese instrumento fatal!
Álguien se acerca. ¡Dios pío!
¿si será algun bandolero?
Huele esa gente el dinero.
Me voy á guardar el mio. (Entra en la cabaña.)

ESCENA XIII.

JORGE y ROBERTO.

JORGE. ¡Es posible!
ROB. ¡Y tan posible!
JORGE. Me parece que te engañas.
ROB. No lo creas; cuando yo
me detuve á beber agua
en la fuente que encontramos
junto á la ermita, cruzaban
el bosque dos embozados;
no les pude ver la cara,
pero pude oir que el uno
decia al otro: «La causa
no adivino de que andemos
expuestos á una emboscada.
Pasar esta noche fuera

del castillo es temeraria
resolucion; en el bosque
nada bueno nos aguarda,
pero obedezco por ser
vuestra alteza quien lo manda.»

JORGE. Era el Duque.

ROB. El tratamiento
de alteza...

JORGE. ¿Y qué hiciste?

ROB. Nada.
¿Qué habia de hacer yo solo?

JORGE. ¡Vive Dios! eres un mandria!
Yo creo que aquella fuente
milagrosa, en vez de agua
manó vino para tí.

ROB. ¡Ojalá! pero no mana.

JORGE. Entónces tendrias miedo,
y el miedo hace ver fantasmas.

ROB. La verdad es que nos tiene
el Duque en contínua alarma,
y que luchar con él es
una lucha temeraria.
Tenemos que respetar
su vida como sagrada;
un cintarazo y nos mata,
allí quedamos tendidos...
¡eso tiene poca gracia!

JORGE. La Condesa paga, y debe
obedecerse á quien paga.

ROB. Es que á mí me gustaría
cobrar sueldo y no hacar nada.

JORGE. Eso prueba que eres...

ROB. Soy
un hombre de juicio.

JORGE. ¡Un mandria!

ROB. Ve que tú no eres el Duque
y puedo romperte el alma.

JORGE. Lo que tú harías, cobarde,
es volverme las espaldas.

ROB. ¡Pues! por desprecio!

JORGE. ¡Por miedo!

ROB. ¿Miedo yo?

JORGE. Ménos palabras
y que hablen ya los aceros.
ROB. Hombre, los aceros no hablan;
y sobre todo, es mejor
dejarlo para mañana.
JORGE. El caso es que viste al Duque
y no me digiste nada.
ROB. Sí, te avisé.
JORGE. ¡Á buena hora!
ROB. No debe estar léjos.
JORGE. Calla
y sígueme... nuestra gente
ha quedado rezagada;
nos reuniremos á ella;
no hay que perder la esperanza
Sígueme.
ROB. ¡Maldito Duque!
JORGE. ¡Vamos!
ROB. ¡Mal rayo le parta!

ESCENA XIV.

ANA que sale de la cabaña.

Pero, Dios mio, ¿qué es esto?
dos hombres que por los trazas
deben ser dos personajes
penetrar en mi cabaña,
pedir la cena, mandar
que les disponga la cama.
Despues Dik entró en el cuarto,
y allí están los tres; pero hablan
tan bajito, que el demonio
que les coja una palabra.

ESCENA XV.

ANA, DIK con el traje del Duque saludando con gravedad cómica.

DIK. ¡Señora!
ANA. ¡Dik!

DIK. Héme aquí.
ANA. ¿Eres tú Dik?
DIK. ¡Dik murió!
ANA. ¿Qué dices?
DIK. Yo no soy yo.
ANA. ¿Cómo?
DIK. Reniego de mí.
ANA. No entiendo...
DIK. Á ver si me explico.
Yo soy guapo, Dik es feo;
Dik trabaja, yo paseo;
(Paseándose con aire de importancia.)
¡Dik es pobre, yo soy rico!
ANA. ¿Quién te ha dado ese dinero?
DIK. El huesped.
ANA. ¿Á ver?
(Queriendo coger el dinero.)
DIK. ¡Ten calma!
ANA. ¡Ay! marido de mi alma,
si vieras cómo te quiero!
¡Ganas... oro!
DIK. Muy sencillo.
ANA. ¿Qué has hecho?
DIK. Tres cosas.
ANA. ¿Tres?
DIK. Verlo, tomarlo y despues
metérmelo en el bolsillo.
ANA. Y dí, ¿cómo vas tan majo?
DIK. Cuando se desembozó
el huesped y pude yo
mirarle de arriba abajo,
mi labio á explicar no acierta
lo que sentí, quedé al pronto
mirándole como un tonto,
así, con la boca abierta.
Mi traje, al fin exclamó,
te gusta segun arguyo;
pues á mí me gusta el tuyo.
¿Quieres cambiar? Si ó no?
Fuí á responder con presteza,
mas se me formó aquí un nudo
y le contesté, á lo mudo,

moviendo así la cabeza. (Afirmando.)
Cumplióse su voluntad.

ANA. ¡Qué traje! Vale un tesoro!
DIK. Estoy hecho un ascua de oro.
ANA. Va á estallar de vanidad.
DIK. Vamos, confiesa que el traje
me sienta perfectamente.
ANA. ¡Pareces otro!
DIK. Es corriente.
ANA. Pareces un personaje.
DIK. Y lo seré; necesito
pasar por hombre de pró,
y lo conseguiré; ¿no?
á las pruebas me remito.
Supon que yo soy su alteza,
y que eres tú una mujer
que se acerca á pretender...
cualquier cosa...
ANA. Bien.
DIK. Empieza
la funcion; pero formal,
no te rias...
ANA. Bien.
DIK. ¡Cuidado!
ANA. Señor... (Con fingida humildad.)
DIK. ¿Cómo has penetrado
en mi palacio ducal?
(Volviendo la espalda y mirándola por encima de hombro.)
ANA. Dirigí mi planta incierta
hácia aquí, por fin llegué...
DIK. ¿Y despues?
ANA. Despues entré.
DIK. ¿Pero cómo?
ANA. Por la puerta.
DIK. Eso arguye la malicia
tan comun en las mujeres.
ANA. Señor...
DIK. Dí, pronto, qué quieres.
ANA. Quiero que me hagais justicia.
Mi marido es un bergante.
DIK. ¡Qué dices?

ANA. ¡No puedo ver
á mi marido!
DIK. (Olvidándose del tipo que finge.)
Mujer.
ANA. Hablo á su alteza.
DIK. Adelante.
ANA. Mi marido es tan grosero,
que comprarme no ha querido
un guardapiés.
DIK. Tu marido
guarda muy bien su dinero.
ANA. ¡Señor! soy muy desgraciada!
DIK. ¡Basta! toma para siete...
(Hace como que la da dinero.)
para cien guardapiés... vete.
ANA. ¡Pero si no me das nada!
DIK. Que hablar seriamente quieras
siendo todo broma.
ANA. ¡Toma!
Tú debes hablar de broma,
pero debes dar de veras.
DIK. Qué mujer tan baladí...
Á empezar de nuevo.
ANA. Sea.
¡Señor, mi guardapiés!...
DIK. ¡Ea!
no sabes salir de ahí.
Yo soy el que debo hablar.
Verás cómo me doy tono.
ANA. Bien.
DIK. Princesa, os abandono
y me voy á pasear.
Es higiénica costumbre.

ESCENA XVI.

DICHOS, JORGE y ROBERTO.

JORGE. Roberto, ¿no es aquel, dí,
nuestro fugitivo? (Señalando á Dik.)
ROB. Sí.
JORGE. (Qué dice?)

DIK. Soy muy capaz
si provocan mi furor...
JORGE. (¡El traje de leñador
era tan sólo un disfraz!)
ROB. (¿Será el Duque?)
JORGE. (Pues! su porte,
sus maneras y su traje...)
DIK. ¡Jhon! David! Friz! Mi carruaje!
¡Quiero volverme á la córte!
JORGE. (¿Oyes?)
ANA. Ruego á vuestra alteza...
ROB. (¡Él es!)
DIK. ¡Tunantes! Jhon! Friz!
Pero.. ¡una idea feliz!
¡que les corten la cabeza!
ANA. Vuestras órdenes acato.
ROB. ¡Alto ahí!
(Amenazando con una pistola á Ana, que se dirige á la cabaña.)
ANA. ¡Jesús!
DIK. ¿Qué es esto?
JORGE. ¡Ni una palabra, ni un gesto!
(Amenazando con otra pistola á Dik.)
ANA. Ladro...
ROB. Silencio, ó te mato.
DIK. Pero señor, por san Gil...
JORGE. La espada. (Acercándose á Dik respetuosamente.)
DIK. Tengo el honor...
(Desenvainando la espada y presentando la punta al pecho de Jorge.)
JORGE. Ved que me la dais, señor,
de un modo bastante hostil.
DIK. ¿Sí? pues cómo la he de dar?
JORGE. Más cortesmente.
DIK. ¿Al revés?
Pues no quiero ser cortés,
porque me puedo cortar.
JORGE. ¡Dádmela!
DIK. ¿Cómo, así?
JORGE. Así.
(Cogiéndola por la punta con miedo.)
(No le creí tan cobarde.)

DIK. Ahora pues, que Dios os guarde.
JORGE. ¿Á dónde vais? ¡Alto ahí!
DIK. ¿Otra vez?
JORGE. Seguidme.
DIK. ¡Dale!
¡Es cosa particular!
JORGE. Sois, no lo podeis negar,
el Duque de Roncesvale.
DIK. ¿Quién, yo?
JORGE. En fingir es sagaz. (Á Roberto.)
DIK. En traje de campesino
me visteis há poco...
ROB. Opino
que aquel traje era un disfraz.
DIK. ¿Tengo yo cara de ser
Duque?
JORGE. Venid.
DIK. Que no voy.
ANA. Es mi marido.
DIK. Sí, soy
marido de mi mujer.
Leñador.
JORGE. (En ocultar
su nombre y rango se empeña.)
DIK. Y suelo arrimar más leña...
(En adaman de sacudir.)
JORGE. ¿Cómo?
DIK. Al rincon de mi hogar.
JORGE. (No sabe lo que se pesca.)
Haceis falta en otra parte.
ANA. ¡Pobre Dik! van á matarte!
DIK. ¡Y tú lo miras tan fresca!
JORGE. Vamos pues.
DIK. ¿Y no lo evitas?
ANA. ¿Puedo acaso?
DIK. Á no dudar,
tan sólo con derramar
tres ó cuatro lagrimitas!
¡Llora!
ANA. ¡Siento tu quebranto!
DIK. Llora como esposa amante.
ANA. ¡Qué quieres, en este instante

no estoy de humor para llanto.

DIK. ¿Conque no lloras? ¡Qué horror!
¡No lloras... y así me ves!
¡Y ántes por un guardapiés
lloraba á más y mejor!
¡Ese proceder me exalta!

ANA. Dame tu bolsa...

DIK. ¡Un demonio!

ANA. ¡Pero hombre, por San Antonio,
si te ahorcan no te hace falta!

JORGE. Vamos al castillo.

DIK. ¡Ah, pillo!

JORGE. Resistir es excusado.

DIK. Es que estoy encastillado
en no ir á ese castillo.

ANA. Resístete, no seas tonto!

DIK. Y para qué? en vano fuera.

ANA. Toma, es que de esa manera
podrán colgarte más pronto!

DIK. ¡Infame!

ROB. ¡Ya va esto siendo

(Empujando á Dik.)

muy pesado! Se acabó...

ANA. Escribe en llegando.

DIK. No;
yo te escribiré en viniendo.

(Sale amenazando á Ana y conducido por Jorge y Roberto.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Aposento en el castillo de la Condesa, con muebles de lujo; puerta al foro y á la derecha: ventana á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

JORGE y ROBERTO; el primero sentado en una silla, y el segundo limpiando los muebles.

JORGE. Mira, vé limpiando el polvo
á los muebles de esta sala;
mi señora la Condesa
quiere que sirva de jaula
al preso, y es necesario...

ROB. Sí, tú dispones y mandas
tranquilamente sentado,
miéntras los demás trabajan.

JORGE. Tengo molidos los huesos
desde anoche; la jornada
fué cruel.

ROB. ¿Dime, y yo acaso
no trabajé en tu compaña?
¿No me fatigué igualmente
por sendas y encrucijadas?

JORGE. Tú eres jóven, vigoroso...

ROB. Por eso me echan la albarda...
á fé que tú no te escondes

cuando de beber se trata.

JORGE. En fin, lo esencial del caso
es que hayamos dado caza
á ese endemoniado Duque.

ROB. Pues como sea la paga
proporcionada al servicio,
buena bolsa nos aguarda.

JORGE. ¡Y buena chispa! Prometo
beberme, sin más tardanza,
dos ó tres ó cuatro pintas
de sidra de la montaña.

ROB. Lo que me choca es del preso
la tenacidad.

JORGE. Sí, trata
de fingir rudas maneras,
indignas de su prosapia,
negando su calidad;
mas la treta no le salva
del furor de mi señora.

ROB. Será cruel su venganza.

JORGE. ¿Está ya todo corriente?

ROB. Ya está.

JORGE. Pues basta de charla,
y vámonos en seguida
á preparar la antecámara.

(Salen ambos por el foro; al mismo tiempo aparece Isabel.)

ESCENA II.

ISABEL.

ISABEL. Al fin logró la traicion
triunfar de la vigilancia,
y ya esta risueña estancia
se ha convertido en prision.
Hoy aquí viene á expiar
el crimen de haber amado.
¿Cómo si estando encerrado
pudiera amor olvidar?
No es conducta gener osa
a de mi tia, no á fé...

Si no es amada, ¿por qué
quiere obligar rencorosa?
De su linaje en desdoro
es accion tan inaudita;
cuanto más se precipita
más ofende su decoro.
¡Si supiera que en su mal
tengo yo parte bastante,
y que encerrando á su amante
más le acerca á su rival!...
¡Si supiera!... pero no...
su enojo me causa espanto...
entónces le odiará tanto,
tanto como le amo yo.

ESCENA III.

ISABEL y la CONDESA por el foro.

COND. ¿Eres tú, Isabel?
ISABEL. Señora...
COND. Casualmente te buscaba.
ISABEL. ¿Vos?
COND. Quiero que participes
del gozo que ahora me embarga.
ISABEL. (¡Dios mio!)
COND. Con qué placer
veré humillado á mis plantas
á ese corazon altivo
que de mi amor no se apiada!
ISABEL. ¡Sed generosa!
COND. ¡Imposible,
porque los celos me abrasan!
ISABEL. ¿Los celos?
COND. Sí. ¿Por ventura
el rigor con que me trata
no prueba bien claramente
que á otra mujer idolatra?
ISABEL. (¡Gran Dios! si lo sabrá todo!)
COND. ¡Ay, Isabel! estas lágrimas
que luz á mis ojos roban
son abrasadora lava,

que del volcan de los celos
brotan pidiendo venganza.

ISABEL. ¿Pero vos estais segura
de que una rival...

COND. ¡Oh! calla!
Calla, por Dios... esa idea
mi corazon despedaza.

ISABEL. Tia...

COND. ¡Si yo conociera
á la que así me arrebata
lo que más amo en el mundo,
mi bien, mi única esperanza!

ISABEL. Seríais capaz...

COND. ¡De todo!
Los celos el pecho inflaman,
y son los mios agudas
espuelas de la venganza.

ISABEL. Creo que obrais de ligero.

COND. ¿De ligero? ¿Por qué causa?

ISABEL. Vuestra conducta se presta
á interpretaciones varias
que no han de dejar, lo creo,
vuestra honra muy bien parada.

COND. ¡Isabel! (Tiene razon.
Quien de la ira se acompaña,
torcidamente discurre.)

ISABEL. (Así mi afecto le salva.)

COND. Antes de verle conviene
que yo recobre la calma.

ISABEL. ¿Os retirais?

COND. Sí; deseo
estar sola... ¡Infortunada
mujer!

ISABEL. (¡Vacila sin duda!)

COND. Luégo vendrás á mi cámara.
Tenemos que hablar. ¡Si vieras
lo que está sufriendo el alma! (Váse Condesa.)

ESCENA IV.

ISABEL y JORGE al foro.

ISABEL. ¡Si acaso se arrepintiera!
¡Si á su razon escuchara!
JORGE. ¡Señorita!
ISABEL. Escucha, Jorge.
JORGE. ¿Qué mandais?
ISABEL. Una palabra...
El Duque...
JORGE. Es nuestro cautivo;
yo le prendí.
ISABEL. ¿Tú? ¡Qué infamia!
JORGE. ¿Qué decís?
ISABEL. Dispensa, Jorge;
comprendo que es una hazaña
digna de... (de que te ahorquen.)
JORGE. Gozo de la confianza
de la Condesa, y me ha dicho
que si el preso se me escapa
me colgarán nada ménos
que de la almena más alta
del castillo.
ISABEL. Pero tú,
á pesar de esa amenaza,
tratarás al prisionero
con deferencia y con...
JORGE. ¡Cáspita!
Primero soy yo que nadie.
ISABEL. ¡Desgraciado Duque!
JORGE. ¡Vaya!
que os interesais por él.
ISABEL. Es jóven y de gallarda
presencia.
JORGE. Pues las mujeres
son todas así... muy blandas...
Ven á un prójimo tendido
en el campo de batalla;
si es feo pasan de largo,
mas si es buen mozo se apiadan

hasta el punto de exclamar
entre suspiros ¡qué lástima!

ISABEL. ¡Jorge, quiero verle!

JORGE. ¿Al Duque?
¡Imposible!

ISABEL. ¡Así me tratas,
tú que me has visto nacer,
que has dirigido mi infancia;
tú que eres el servidor
más antiguo de la casa!
Que le juraste á mi padre
ser mi apoyo...

JORGE. Nada, nada.
Es imposible!

ISABEL. ¡Ah, cruel!

JORGE. Yo os diré... (¡Pobre muchacha!)

ISABEL. ¿No te conmueve mi pena?
¿No te enternecen mis lágrimas?

JORGE. (En viendo que una mujer
llora, ya soy hombre al agua.)

ISABEL. ¿Resistes aún?

JORGE. (Indicando que le ahorcarán.) Me expongo...

ISABEL. Eso no importa.

JORGE. ¡Caramba!
¿Cómo que no importa?

ISABEL. Digo...
¡Ah, Jorge! sería tanta
mi gratitud!

JORGE. Pero...

ISABEL. Vamos...
(Su negativa me mata.)

JORGE. Señorita...

ISABEL. ¿Accedes?

JORGE. ¡Diantre!
¿Puedo yo negaros nada?

ISABEL. ¡Qué bueno eres! ¿Y cuándo?

JORGE. Hoy mismo.

ISABEL. Al instante.

JORGE. ¡Calma,
ó se pierde todo!

ISABEL. Pero...

JORGE. Le vereis despues, sin falta.

ISABEL. En tu palabra confío.
JORGE. Seré fiel á mi palabra.
(Isabel se retira por la derecha.)

ESCENA V.

JORGE

Pudo más que yo... Está visto.
Lo que una mujer no alcanza...
y una mujer como ésta,
que de fijo si me manda
que por la ventana ahora
me tire yo, sin tardanza
cierro los ojos y, ¡paf!
me tiro por la ventana.
(Aparece en el foro Dik, á quien acompaña Roberto, el cual se retira á una seña de Jorge.)

ESCENA VI.

JORGE, DIK.

DIK. Os digo que no quiero
que todos me lleveis al retortero.
Si aquí en este castillo
he dado ya más vueltas que un ovillo,
¿par diez, no ha de faltarme la paciencia?
JORGE. Es que vuecencia...
DIK. ¡Dale con vuecencia!
Yo soy un leñador, y francamente,
no consiento que nadie me provoque.
JORGE. ¡Leñador!
DIK. Hacos formo diligente
de abeto... y sobre todo de alcornoque;
porque jamás estoy tan á mi gusto
como trepando á un encinar robusto,
en donde mi apetito al fin se agota
comiendo la dulcísima bellota.
JORGE. Vuecencia está de broma.
DIK. ¡No hay paciencia!
JORGE. Es que vuecencia...

DIK. ¡Dale con vuecencia!
JORGE. Si por más que finjais rudos modales,
indignos de personas principales,
aire vulgar y bárbaro lenguaje,
por más que siendo todo un personaje
querais hoy ser aquí simple comparsa,
no ha colado la farsa.
DIK. ¿Qué dice este menguado?
JORGE. No, señor, no ha colado, no ha colado.
DIK. Indebido homenaje
me prestais, y no es justo que me esponje
y que la quiera echar de personaje.
¡Odio la adulacion! Miente mi traje,
que el hábito, señores, no hace al monje.
JORGE. ¿Vuestro rango ocultais? ¡Injusto empeño!
DIK. Á fé de leñador, que con un leño
mereceis os desnuque:
miradme, ¿tengo yo cara de duque?
JORGE. ¿Vuestra ilustre ascendencia,
niega vuecencia?
DIK. ¡Dale con vuecencia!
(¡De mi estupor no salgo!
Vamos á cuentas, Dik: ¿tú debes algo?
¿Qué dice tu conciencia? Está callada.
Tú nada debes... ¡nada, nada, nada!
Mientes, pérfido Dik... que el grito fiero
de un tabernero se alza en tu conciencia
gritando: «¡mi dinero... mi dinero!)»
JORGE. Pero vuecencia...
DIK. ¡Dale con vuecencia!
JORGE. Ó no entiendo, señor, una palabra,
ó es vuestra resistencia una locura;
quien al venir aquí su dicha labra
y trata de escapar, se me figura
que no tiene completo
el juicio... sin faltaros al respeto.
DIK. Mas decidme, ilustrísimo lacayo.
¿Con qué fin, con qué idea, con qué norte
me sacan de mi choza, como un rayo,
remitiéndome aquí franco de porte?
¿Á qué tantas y tantas cortesías?
¿No sería almorzar mejor refuerzo?

Esas no son más que majaderías;
ménos cumplidos, pues, y más almuerzo.
¿A qué querer por fuerza que me eduque
para duque, si no he nacido duque?
Como el caso es muy grave, os hablo en serio.
Quiero que me expliqueis tanto misterio.
A creeros me obligo
si decís lo que van á hacer conmigo.
Mi mente no barrunta...

JORGE. ¿No lo sabeis, señor?

DIK. Si lo supiera,
¿á qué había de haceros tal pregunta?

JORGE. Se trata... pero no, ¡fingís en vano!

DIK. ¡Juro por san Dustán y san Patricio!...
(Es más bruto que yo este ciudadano.)

JORGE. Se trata, gran señor, de dar la mano
á la ilustre Condesa.

DIK. ¿La mano, vive Dios?

JORGE. Cuando os prefiere
entre mil...

DIK. ¡Inaudita es mi sorpresa!
¿Conque la mano? ¿Y para qué la quiere?
Su capricho ligero
yo bien comprendería
si esta fuese la mano del mortero.
¿Pero qué piensa hacer, dí, con la mia?

JORGE. No finja más vuecencia.

DIK. Fastidioso
vais estando.

JORGE. Se trata solamente
de la mano de esposo.

DIK. ¡Cómo! su esposo yo! Yo su pariente!
¡Y tan alta señora (Contoneándose.)
hacerme á mí el amor! sea en buen hora.
Decidla que, aunque de ella soy indigno,
á llamarla mi esposa me resigno.

JORGE. ¡Ah! señor, esta nueva de ventura
calmará á mi señora, que procura
la respuesta saber con impaciencia
y con profundo anhelo.

DIK. Marchaos, pues.

JORGE. Que el cielo

guarde á vuecencia.

DIK. ¡Dale con vuecenc.

(Entra Jorge por el foro haciendo cortesías.)

ESCENA VII.

DIK.

¡Cuanto pasa por mí parece un sueño!
La caprichosa suerte en un retruque
muestra por mí su generoso empeño.
Leñador me acosté y desperté duque;
un dia navegaba en frágil leño,
y ahora navego en poderoso buque...
Pues señor, me va dando complacencia
eso de que me llamen vuecelencia.
Dik, déjate querer, no seas primo,
que á nadie amarga un dulce, eso es notorio
si la gentil duquesa te hace un mimo,
págala tú con mil á lo Tenorio.
Obedéceme, Dik, porque te estimo,
que el plazo de la vida es perentorio;
por eso ántes de hacer tu despedida
baila bien el fandango de la vida.
¡Mas cómo á tu mujer darle una excusa?
La mujer, aunque cause maravilla,
es un mueble, si vale se le usa,
si no val se sube á la bohardilla;
y pues la tuya de su fuero abusa,
ten presente esta máxima sencilla.
¡Si la mujer de un leñador se empeña
en llevar leña, debe llevar leña!

ESCENA VIII.

DIK y ANA, que aparece por el foro cubierta con un manto largo.

ANA. (¿Será verdad lo que ví?
¡Oh! yo lo averiguaré!)

DIK. ¡Casarme con la Condesa!
Pues señor, esto va bien.

ANA. ¡Caballero!
DIK. ¿Eh?
ANA. (Dándole en el hombro.) Caballero...
DIK. ¡Qué mujer tan descortés!
ANA. ¡Sois... un miserable!
DIK. ¡Cómo!
ANA. ¡Sois un desalmado!
DIK. ¿Qué?
ANA. ¡Un bandolero!
DIK. ¿Yo?
ANA. ¡Un bígamo!
DIK. ¿Un bígamo? y eso qué es?
ANA. Un canalla que no tiene
bastante con su mujer.
DIK. Á mí me sobra la mia.
ANA. (¡Ah! infame!)
DIK. Más de una vez
la endosaría lo mismo
que se endosa un pagaré.
ANA. La bigamia es un delito,
¡tendreis que ver con el juez!
DIK. ¿Qué decís?
ANA. Que esa garganta
me está oliendo ya á cordel.
DIK. Pero...
ANA. Morireis ahorcado.
IK. ¡Jesús, María y José!
ANA. Columpiaros blandamente
con mucho gusto os veré.
DIK. ¡Yo no!
ANA. ¡Cómo habeis de veros
ni con gusto ni sin él!
¿No sabeis que es un delito
casarse segunda vez?
DIK. Pues me casaré.
ANA. Á que no.
DIK. ¡Vaya si me casaré!
ANA. Pues qué, ¿no estais ya casado?
¿No teneis ya mujer?
DIK. Bien;
pero no me gusta.
ANA. ¡Cómo!

DIK. En primer lugar, porque es
muy fea.
ANA. ¡Cómo que es fea!
DIK. Más fea que el no tener.
ANA. Entónces, ¿por qué os casásteis?
DIK. Eso digo yo, ¿por qué?
Aquel dia sin saberlo
debí yo estar en Belen.
ANA. (¡Pérfido!)
DIK. ¡Si es una arpía!
ANA. ¿Conque tan mal la quereis?
DIK. Tiene la pícara un genio,
¡que ni el mismo Lucifer!
Por ir contra la corriente,
aunque la costumbre es ley,
se pone, la muy bribona,
la camisa del revés.
ANA. (¡Tuno!)
DIK. Se acuesta de dia
y pasa la noche en pié,
y cena por la mañana,
y almuerza al anochecer.
ANA. (¡Trapalon!)
DIK. Es una plaga,
una peste, ¿lo creereis?
¡Descose lo que me tomo
el trabajo de coser!
¿Pues y sisarme? Me sisa
de una manera cruel.
¡Si me descuido me arruina
en poco ménos de un mes!
ANA. (¡Vamos, esto es demasiado!)
DIK. Y luégo ha dado en tener
un vicio, que es el mas feo
de los vicios.
ANA. ¿Y cuál es?
DIK. ¡Ser muy ligera de manos!
ANA. (Eso es verdad.)
DIK. Una vez,
por no sé qué tontería,
me pegó un bofeton.
ANA. ¿Quién?

DIK. Ella.
ANA. ¡Mentís!
DIK. ¡Pues no miento!
Fué un bofeton.
ANA. Fueron tres.
DIK. Es verdad. (¿Si será bruja?)
ANA. ¿No es cierto? Y por no perder
la costumbre, tomad. (Le da un bofeton.)
DIK. ¡Ay!
¡Es ella!
ANA. (Descubriéndose.) ¿Me conoceis?
¡Infame Dik, soy tu esposa!
DIK. ¡Cielo santo, mi mujer!
ANA. ¿Conque casarte con otra?
DIK. Ana...
ANA. Calla, hombre sin ley.
¿Acaso yo no te sirvo
con la mejor buena fé?
¿No te zurzo? no te plancho?
y no te doy de comer,
y no te conduzco á casa
á remolque alguna vez,
cuando vienes como sueles,
y no sueles venir bien,
pues te pesa la cabeza
y no se mueven tus piés?
¿Y olvidándote de todo
me niegas?
DIK. Vamos, ¿y qué?
No negó San Pedro á Cristo,
y ha sido santo despues?
ANA. Pero tú no eres el santo
ni yo Cristo.
DIK. ¡Ya lo sé!
Tú eres el mismo demonio
disfrazado de mujer.
ANA. ¡Infame!
DIK. Pero, Ana mia,
ponte en mi lugar. ¡Pardiez!
Aquí me han dicho: «ó te casas
ó cenas con Lucifer.»
Y ya ves tú que esa cena

es muy indígesta, y es...

ANA. ¿Pero cómo la Condesa
ha podido pretender
á un hombre de tu calaña,
de tu facha y de tu aquél?

DIK. ¡De ménos nos hizo Dios!
Y en resúmen... ¡ya se ve! (Contoneándose.)
cuando uno es bien parecido
y viste como un doncel...
y en fin, ¿no me has encontrado
aceptable para ser
tu marido?

ANA. ¡Estaba ciega!

DIK. ¡Yo si que fuí el que cegué!

ANA. ¿Pero en qué va á parar esto?

DIK. No tengas cuidado.

ANA. ¡Pues!

DIK. Para no excitar sospechas,
á todo respondo amen.
Viene la Condesa, la hablo,
me habla, la requiebro.

ANA. ¿Qué?

DIK. Fingiendo, cojo su mano,
la beso con avidez,
la doy tres ó cuatro abrazos,
y hasta puedo darla seis...
y mirándolo despacio,
¿por qué no he de darla diez?

ANA. ¡Dik!

DIK. ¡Si todo esto es fingido!
¿Crees que yo soy infiel?
Nos casamos en secreto,
así, fingido tambien,
paso con ella tres dias;
y, como es de suponer,
recobro mi libertad
y entónces vuelo á tus piés.

ANA. ¿Sí? Pues ya sabes que Huberto,
aquel pescador de red,
me hace cucamonas.

DIK. ¡Ana!
No muevas algun belen.

ANA. Voy ahora á su casa, me habla,
le hablo, me requiebra.
DIK. ¡Ejem!
ANA. Fingiendo, coge mi mano,
la besa con avidez...
DIK. ¡Ana!
ANA. Me da cuatro abrazos,
y bien puede darme seis,
y hasta cincuenta ó sesenta...
DIK. ¡Esposa, por San Mamés,
que yo no he abrazado tanto!
ANA. ¿Crees que yo soy infiel?
¡Si todo será fingido!
DIK. ¡Voto al diablo!
ANA. Hasta más ver. (Váse.)

ESCENA IX.

DIK y despues la CONDESA.

DIK. ¡Ana, no seas liviana!
¡Ya se va! Pero, Dios mio,
¡no me han metido en mal lío
de la noche á la mañana!
¿Y cómo librarme de él?
No encuentro para ello traza.
¡Y mi mujer me amenaza
con ser á mi amor infiel!
Mas si ella en serlo se empeña,
yo le juro por mi honor
de marido... y leñador
que no ha de faltarle leña...
¡Tiemble ella y tiemble Huberto!
Ese que pretende ser
marido... de mi mujer.
¿Sospechará que estoy muerto;
pero yo le he de probar
en mi furor excesivo
que me hallo vivo... ¡y muy vivo!
y si logro averiguar
que á mi honra ponen tacha,
yo les juro ¡voto á brios!

que los divido á los dos
con el filo de mi hacha.
Cuando la razon me abona
soy peor que un beduino...
¡Lo mismo destrozo un pino
que destrozo una persona!

COND. (¡La impaciencia me devora!
Quiero verle.)

DIK. Y es lo cierto
que si ella se acerca á Huberto...
Alguien llega... ¡Una señora!

COND. ¡Arturo!

DIK. (¡Vaya un apuro!
¡Me toma por otro!)
(Embozándose y volviéndole la espalda.)

COND. Quiero
que hablemos en calma.

DIK. (Pero...
¿qué he de hacer, no siendo Arturo?)

COND. ¿No me oís?

DIK. (¡Lance feroz!)

COND. ¡Ántes erais más galante!
Descubrid vuestro semblante.

DIK. ¿Para qué?

COND. ¡Cómo! esa voz...
Descubríos. (Con imperio.)

DIK. (¡Me asesina!)
Estoy algo resfriado
y temo...

COND. ¡Me han engañado!

DIK. (¡Quisiera estar en la China!)

COND. ¿Aún permaneceis así?

DIK. No, si yo no estoy molesto.

COND. ¡Dios mio! pero qué es esto?
(Bajándole el embozo con imperio.)

DIK. ¿Y me lo pregunta á mí?

COND. ¿Quién de engañarme capaz
ha sido?

DIK. Pero señora...
(¡Vaya, que es encantadora!)

COND. ¿Qué haceis con ese disfraz?

DIK. ¡Pluguiera á nuestro señor

que nunca le hubiera usado!

COND. ¿Quién eres?

DIK. Un desdichado
y paciente leñador;
ayer me ví acometido
por dos hombres, ¡ay de mí!
Ellos me han traido aquí,
y estoy... porque me han traido.
Vana fué mi resistencia,
porque ellos, aunque esto asombre,
me apresaron con el nombre
de Duque y de vuecelencia.

COND. ¡Oh, torpeza!

DIK. Fué un error
que no pude deshacer!

COND. ¿Cómo llegaron á ver
un duque en un leñador?

DIK. De la suerte los retruques
causan tamaños errores,
y en el dia hay leñadores
que pueden pasar por duques. (Con énfasis)
No extrañeis que á un gran señor
en ocasiones me iguale,
porque hay duque que no vale
lo que vale un leñador.
Sabedlo, no necesito
la sangre azul para nada;
yo la tengo colorada,
que es un color más bonito.
Nací de baja ralea,
y nadie habrá que me eduque...
en fin, que traigan á un duque
y por pollino que sea,
pues más de un hombre de pró
da quince y falta á un jumento,
podrá ganarme á talento,
mas lo que es á fuerza no.
Os hablo de buena fé.
¿Quereis que á un duque desnuque?
pues que me traigan un duque
y yo lo desnucaré!

COND. Nunca he visto audacia tal.

DIK. Blanco de vuestros rigores
sean esos servidores
que os saben servir tan mal.
Pero yo, hombre sin luz,
á quien tanto han maltratado,
por la cruz con que he cargado
merecía la gran cruz.
COND. ¡Debo castigarlos!
DIK. ¡Pues!
como es gente baladí
ahorcarlos primero y...
no sé qué hagais más despues.
COND. Nada; ó son unos traidores
ó son unos mentecatos.
DIK. Os deben dar malos ratos
tan leales servidores.
COND. ¡Jorge! Roberto! yo haré
un ejemplar.
DIK. (¡Oh, qué modos!
Ahora va á ahorcarnos á todos!)
DUQUE. No llameis, no hay para qué.

ESCENA X.

DICHOS y el DUQUE.

COND. ¡Arturo!
DUQUE. No es necesario
que os molesteis para nada.
DIK. ¡Me venís como pedrada
en ojo de boticario!
DUQUE. Despeja sin dilacion.
DIK. De mis piernas me prevalgo.
Ya pueden echarme un galgo,
que no paro hasta el Japon.
Duque con título y renta
debe ser lindo bocado,
pero duque sin ducado
eso no me tiene cuenta. (Váse.)

ESCENA XI.

CONDESA y el DUQUE.

DUQUE. Ya estoy en vuestra presencia.
Hablad si teneis acaso
conque disculpar un paso
hijo de loca imprudencia.
COND. ¡Arturo! (Triste de mí!
enmudezco sin querer.)
DUQUE. ¿No me mandásteis prender?
Pues bueno, ya estoy aquí.
¿Enmudece vuestro labio
y no sabeis qué decir?
Esto me hace presumir
que conoceis el agravio.
Pues si en el caso presente
os asiste la razon;
¿á qué viene la emocion
y el rubor de vuestra frente?
COND. No trato de disculpar
mi conducta, ni la abono;
pero no admito ese tono
que pretendeis adoptar.
Yo de mí misma soy juez
y mi orgullo no rebajo;
ahorraros, pues, el trabajo
de aconsejarme otra vez.
DUQUE. María, vuelva la calma
á vuestro pecho iracundo,
y apagad ese profundo
rencor que os agita el alma.
Vos sois buena, y pretendeis
torcer vuestra inclinacion,
y siempre de la pasion,
no del juicio, gala haceis.
Vuestro ardor siempre os coloca
en sendero peligroso,
en el cual vuestro reposo
perdeis con audacia loca.
Y al final de la jornada,

¿qué encontrais? ¡Un desengaño!
Labrais vuestro propio daño
haciéndoos desgraciada.
Ya veis que os conozco, sí;
y como que esto es verdad,
va siendo vuestra amistad
de más precio para mí.

COND. ¡Arturo! (Qué humillacion!)

DUQUE. María, yo pretendiera
vuestra mano si no fuera
esclavo mi corazon.

COND. ¿Amais?

DUQUE. Como nunca he amado.
Con la ciega idolatría
con que ama la luz del dia
el mísero que ha cegado.
Y es mi cariño constante,
digno, por su fé completa,
del corazon de un poeta,
de la ternura de amante.
El cielo de amor tan fiel
jamás nubes empañaron...
¡Nos amamos cual se amaron
los amantes de Teruel!
Orgulloso y satisfecho
de mi amor la veo esclava.

COND. (¡No ve el ingrato que clava
cien puñales en mi pecho!)
¿Y quién es objeto fiel
de tan ciega idolatría?

DUQUE. ¿Quereis saber?...

COND. Sí, á fé mia.

DUQUE. Vuestra sobrina Isabel.

COND. ¡Isabel! ¡Y tan callado
en su pecho lo ha tenido!

DUQUE. El vuestro estaba ofendido,
y era el decirlo arriesgado.

COND. ¿Y ella os ama?

DUQUE. Me envanezco
de ver premiado mi amor.

COND. (¡Buscando yo ese favor
sólo perderle merezco!

¡Leccion de la suerte dura,
fruto de mi ligereza!
que con el daño tropieza
aquel que el daño procura.)
Está bien; con interés
ví vuestra confesion.

DUQUE. ¡María! qué agitacion!

COND. Ya nos veremos despues.
(Váse reprimiendo el llanto.)

ESCENA XII.

DUQUE é ISABEL por la derecha.

DUQUE. ¿Qué intentará? no adivino...
Parece que la hizo efecto
mi lenguaje... y no se acuerda
de que soy su prisionero.

ISABEL. ¡Arturo!

DUQUE. ¡Isabel! ¡oh, dicha!

ISABEL. Ven, no perdamos el tiempo
en inútiles palabras...

DUQUE. ¿Qué pretendes?

ISABEL. Hay un medio
para que huyas prontamente.
Este castillo es siniestro
pára tí... tu vida acaso
peligra en él...

DUQUE. No por cierto.
Calma tu temor, ¡bien mio!

ISABEL. Arturo, por Dios te ruego...
No conoces á mi tia...

DUQUE. Aquí ha estado hace un momento,
y creo que mi lenguaje
la ha conmovido en extremo.

ISABEL. Ella te adora.

DUQUE. No obstante;
al decirla yo el afecto
que une nuestros corazones
cambió su rigor en tierno
llanto...

ISABEL. ¿Se lo has revelado?

Entónces... ¡válgame el cielo!

DUQUE. ¡Isabel! ah, nada temas.
Su corazon no es perverso
hasta el punto de que el odio
lo manche con su veneno.

ISABEL. En vano tranquilizarme
pretendes... huye te ruego ..
¿No ves que tu vida es
la vida con que yo aliento?
¿No ves que te adoro ciega
y que si tú mueres, muero?
¡Ay! escucha, Arturo mio,
mis súplicas, mis consejos,
y no le des á mi alma
el mayor de los tormentos,
que es ver sufrir al que adoro
y es de mi pasion objeto.

DUQUE. Tranquilízate, amor mio,
pues tengo el presentimiento
de que hemos de ser felices.

ISABEL. Pero...

DUQUE. ¡Dios premia á los buenos!

ESCENA XIII.

DICHOS, DIK, ANA, que le sale persiguiendo,

DIK. ¡Mujer, no me hagas correr,
que ya corrí con exceso!

ANA. ¿Confiesas al fin?

DIK. Confieso
que soy... que eres mi mujer,
que me uní á tí en matrimonio,
lo cual sin duda ninguna
ha debido de ser una
inspiracion del demonio.
Que hice al llevarte al altar
una insigne tontería,
y que no sé qué daría
por poderme descasar.

ANA. ¿Qué dices? ¡traidor, villano!
(Amenazándole.)

DIK. ¿Qué digo, mujer feroz?
Que puedes alzar la voz,
pero que bajes la mano,
¡que la tienes muy pesada!
ANA. ¡Hum! por no mancharla.
DIK. ¡No!
no la manches! porque yo
no quiero verla manchada!
DUQUE. Durará breves instantes
nuestro destino cruel;
hay un ángel, Isabel,
que protege á los amantes.
DIK. (La está arrullando sin tasa
con más de una dulce frase.
¡Infeliz! cuando se case
ya verá lo que le pasa!
ANA. Tan mal te ha ido conmígo?
DIK. No; pero el lazo nupcial
es un pecado mortal
y la mujer un castigo.
ANA. ¡Ingrato!
DIK. Si de enviudar
tengo la inmensa ventura...
ANA. ¡Basta!
DIK No será este cura
el que se vuelve á casar.
ANA. ¡Ingrato! de mí te quejas?
No sé cómo en mis enojos
no te saco aquí los ojos
y te dejo sin orejas.
Voy á perderme.
DIK. ¡Ay mujer,
qué dicha si te perdieras!
ANA. ¿Qué dices?
DIK. Y no volvieras
en tu vida á parecer!
DUQUE. ¿Por qué tiemblas de ese modo?
¿Tan poco en mí tu amor fia?
ISRBEL. ¡Ah! yo conozco á mi tia
y sé que es capaz de todo!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y ROBERTO con un pliego.

ROB. Señor, tened la bondad
de recibir este pliego. (Á DIK.)
DUQUE. ¡Es para mí!
ROB. (Consultando á Dik.) ¿Se lo entrego?
DIK. Os doy mi venia. (Con gravedad cómica.)
ROB. Tomad.
ISABEL. ¡Leed!
ANA. En su faz se advierte
el temor...
ISABEL. Leed, Arturo.
ANA. ¿Qué será? (Á DIK.)
DIK. ¡Ay! de seguro
que es mi sentencia de muerte!
DUQUE. «Aunque en profundo dolor
la fatalidad me avisma,
sé que en las luchas de amor
es la victoria mayor
saber vencerse á sí misma.
Y aunque me habeis sido infiel
y dió tumba á mi esperanza
un desengaño cruel,
renuncio ya á mi venganza;
sed feliz con Isabel.»
ISRBEL. ¡Noble, magnánima accion!
Y yo sus iras temía!
DUQUE. Ya lo ves, Isabel mia,
no me engañó el corazon.
ISABEL. ¡Alma grande y generosa!
Compadezcámosla, Arturo.
DUQUE. ¡Isabel, yo te lo juro;
mañana serás mi esposa!
DIK. Bien; os devolví el ducado
que me prestásteis: de modo
que, al fin y á la postre, todo
volvió á su primer estado.
ANA. Amigo mio, es un mal

eso de subir tan alto.

DIK. Ciertamente.

ANA. Diste un salto...

DIK. Sí, pero un salto mortal.

DUQUE. Cuenta con mi proteccion:
de tu suerte cuidaré.

DIK. Gracias, señor; ¿para qué?
Agradezco la intencion.
Mas no querais encumbrarme,
aunque estoy agradecido;
ántes me habeis protegido
y han estado para ahorcarme;
quizás en otro retruque
me echen un cordel al cuello
fundándose para ello
en que me parezco á un duque.
¡Buena leccion he llevado!
Ella á conocer enseña
que vale más partir leña
que ser duque sin ducado.

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *M. Murillo*, calle de Alcalá, y de *S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.